

PAISAJE EN LA GUADALUPE.

Los primeros negros fueron llevados á América en 1505, es decir, poco tiempo después del establecimiento de los europeos en el continente. No se tardó en descubrir que eran más á propósito que los naturales del país para los penosos trabajos de las plantaciones.

La exportación de esclavos se convirtió en privilegio que Carlos V concedió en 1517 á un caballero flamenco, y este vendió á los genoveses. Poco tiempo después, los portugueses abastecieron de esclavos á los establecimientos americanos. En 1702 lo hicieron también los franceses, y al fin la Inglaterra se encargó de este cuidado. La compañía que se formó al efecto debía proporcionar cuatro mil ochocientos negros al año, y pagaba al gobierno español ciento ochenta libras de derechos por cabeza de negro.

Las colonias francesas de las Antillas permanecieron mucho tiempo sin trabajadores negros, y merced al sistema de plantadores establecido en ellas, prosperaron de una manera asombrosa. La introducción de la caña de azúcar trastornó aquel orden de cosas, y llegó por lo tanto á sustituir á una población industriosa y trabajadora, otra esclava, difícil de manejar en tiempos tranquilos, y peligrosa en casos de guerra. La fuerte raza de los plantadores aclimatados, cedió el puesto á los colonos embrutecidos por la molición, y llegó el caso de que se acreditara el dicho vulgar de que los blancos no pueden resistir las fatigas del campo en unos climas abrasados por los rayos del sol.

No es nuestra ánimo contradecir de un modo absoluto esta aseveración: la riqueza ha ido aumentando prodigiosamente en las Antillas desde

que en ellas se introdujo la raza africana, y las costumbres de los blancos los han hecho efectivamente muy poco aptos para las faenas agrícolas en aquellas regiones. Debe pues contenderse, que la Inglaterra, por ejemplo, tiene motivos para creer que la esclavitud es un mal para sus colonias, porque su legislación era demasiado tirante: la España, por el contrario, debe el acrecentamiento progresivo de sus posesiones ultramarinas al buen arreglo de sus ingenios y cafetales, á su legislación paternal respecto á la esclavitud, y al esmero incesante con que los propietarios atienden al fomento de sus fincas, valiéndose de esos mismos brazos africanos, que tanto temen los filántropos, y que sin embargo identifican su suerte con la de sus propiedades que cultivan.

El grabado que acompaña á estas líneas es una vista campestre de la isla Guadalupe, donde la esclavitud es escasa, y sin embargo se halla sometida á un rigor estremado. De esta isla y de otras semejantes han sacado los pseudo-filántropos plausible pretextos para declamar contra la esclavitud.

CRUZADA CONTRA EL TEATRO EN EL SIGLO XVII.

La literatura estaba destinada á dar, debajo del imperio de Felipe IV, ocasión á los episodios más notables de su época. De un solo vuelo había llegado la indignancia desde las mazmorras de la Inquisición

cion al palacio del Buen-Retiro; pero no fué este su único triunfo, sino que tuvo además á los hombres olvidados de la devoción y de la política, dos pastos tan sabrosos y necesarios al pueblo en los reinados antecedentes.

Esto fué consecuencia natural de la represión en que tuvo al ingenio Felipe II. Su nieto era á par Augusto, Mecenas y Horacio. Con ejemplo tan ilustre se desbordó el torrente y florecieron á España obras de todas clases. El público á las primeras pruebas gustó de las dulzuras de aquella vida nueva para él, como que hería libras de su corazón hasta entonces desamortadas; y así de paso en paso, de novedad en novedad, llegó á hacerse descontentadizo; no contento con leer quería sentir, y todos los ojos se volvieron al teatro. Grandes eran los poetas, dramáticos el siglo con estremo, las pasiones vivas, el entusiasmo dominante sobre todas, y vírgenes por último las más ricas fuentes de poesía dramática.

A esto agréguese que ninguna generación como aquella ha vivido dominada del deseo de gloria. La del poeta parecía poca á los que la gozaban, y Cervantes y Calderón y Lope y Tirso así volaban á las peñas rudas como á las cumbres del Parnaso.

Quizás este deseo de gloria ocasionó nuestra ruina. Grande llamó el conde-duque á Felipe IV, y ¡Dios sabe cuánto nos costó el empujarse el rey en serio y en solitario al favorito!

Otra causa, más y más poderosa, influyó á nuestro entender en el desarrollo de la literatura dramática.

De todas las del ingenio no hay como las obras teatrales para expresar un pensamiento nutrido en la meditación y el estudio, una teoría luminosa, un arranque del corazón ó una virtud del alma. El libro hace pensar; el teatro hace sentir. La elección no es dudosa: el hombre siente más que piensa.

Luego, los versos del teatro parecen como dichos dentro de nosotros mismos, que siempre se nos están renovando en la memoria sin que la ayudemos, y con el cuadro de la acción siempre en nuestro interior se está representando. Al recordar el libro, recordamos la naturaleza muerta; al recordar el teatro, la naturaleza viva. ¿Cuán cierto no es que la mayor parte de los hombres se creen capaces de cualquier acción que vean representada? Con agitarse el espíritu á impulsos de la óptica, la inteligencia crece, las pasiones se agitan, los sentimientos palpitan, por decirlo así. De tal manera en el teatro nos identificamos con el autor, que no parece sino que él pronuncia un segundo *fiat* para infundirnos nueva vida.

Así los triunfos teatrales ejercían sobre los poetas un maravilloso influjo.

Una frase aporiana, mordaz, sutil ó satírica, un pensamiento profundo, una gran sentencia escrita ayer en el silencio del gabinete, enterrada en la mezquina tumba del cerebro que la engendró, mortal como el de los otros hombres, repetida mañana por un comediante al numeroso concurso, escucha de mil bocas el — levántate, Lázaro, — y repetida, admirada, comentada de mil maneras, cae por último como carga dulce en la inteligencia y en la memoria de todo un pueblo, que en vez de la tumba en que el autor la tenía, le da el mundo por palacio, y por ambiente vital las auras de la gloria.

Un hombre desconocido antes de alzarse el telón, es á la media noche el ídolo de todo un pueblo.

En el siglo de Felipe IV el hombre que hacía buenas comedias, el hombre que se llamaba Calderón, Lope de Vega, Alarcón, Tirso, Rojas ó Moreto, era igual al rey, que hacía también comedias, superior al amo del rey, conde-duque de Olivares, que intentó hacerlas muy malas, y rey y amo de todos los señores de la corte, que no las hacían.

Los frailes, con su ojo avizor y claro, comprendieron que por aquella puerta iba á entrar al pueblo la civilización y la cultura. Las conciencias encendrían su tiránico yugo; las bocas ensilencionadas les darían en rostro con sus defectos, y determinaron de ahogar la verdad, próxima á nacer á la sombra de las bambalinas.

¡Visionarios! Cuando el templo fabricado por la ignorancia, cimentado en la esclavitud, aplican el saber y la razón, su poderoso arte, no hay duda de que caerá en escombros.

Cerrad el teatro á Lope de Vega, y aunque escriba historias de santos, siempre será Lope de Vega, es decir, la primera maza de aquella falange que vino á pulverizar las cadenas del error.

Cerrad el teatro á Calderón, y aunque escriba romances, siempre será aquel filósofo del *Astrólogo fingido* y de *La vida es sueño*, aquel filósofo que comprendió á Dios al revés de Espinosa y de los frailes.

Cerrad el teatro á Alarcón, y aunque escriba solamente memorias de su triste vida, siempre dará al mundo el admirable ejemplo de un poeta casi demerita, bajo del dominio de un rey último sostenedor de los sueños de monarquía universal.

Antes del siglo XVII habían atentado los papas y los reyes á la existencia del teatro. Felipe II lo cerró por pecaminoso; pero hasta el siglo que nos ocupa la cruzada no tuvo sus Builones y sus Tasso.

No eran libros ni folletos, eran libelos los de los frailes, y no con-

tra el teatro solamente, sino contra toda la sociedad. Mas andaba el histrionismo, ó sea la gente cómica, mucho más que hoy, aunque parezca exageración; pero á fé que en desvergüenza, en alrevamiento y en desenfreno, no cabrían tantos puntos cuando no contentáramos á sus reverencias en cierto lenguaje sin palabras.

Al leer las censuras de aquellos teólogos ridículos, de aquellos torpes escolásticos, viendo que caminaban á ciegas, sin herir nunca en el corazón, sin acertar al flanco verdadero del enemigo, se reconoce palpablemente lo malo de la causa que defendían. Esto sin tener en cuenta que como vencidos del influjo del fanatismo, y no del convencimiento, nunca jurlaban al consejo el ejemplar. Cogíase de los frailes de San Felipe, el famoso de las gradas y covachuelas, que es hoy la casa de Cordero, cuéntase que en su sacristía, con las ropas del convento y acaso con muchas benditas, construían una fama de teatro á lo Lope de Rueda, adonde iban los cómicos del Príncipe ó de la Cruz á divertirlos amenudo. Y sería vez que un truhan redomado les cobró una función sin ejecutarla, acudieron al Consejo de Castilla, poniendo sus influencias y su poder subterráneo en orden de batalla, como si se tratara de arrancar al pontífice la bula de *In cana Domini*.

Cuántos desórdenes ocasionaría esta costumbre, se comprende á primera vista, y con recordar que el devoto Felipe III la prohibió al principio de su reinado, y que su mismo hijo el galante Felipe IV tuvo que sagundar la prohibición, porque los viciosos caballeros de su corte se introducían á las comedias de los conventos con manifiesto escándalo y profanación.

Así en sus insuportables libelos pudieron pintar los frailes tan á lo vivo los ademanes lujuriosos, las pláticas de amor, los meneos deshonestos, las citas pecaminosas. ¡Pintaban *d'opres natura*!

En buen hora quemasen los ansos de nuestro país para que no viésemos en los siglos XIV, XV y XVI, llenos los conventos de monajas de histriones y de histrionisas; de saltadores y de saltadoras (1), representándose escenas chocarreas, bailando presos obscenos, hasta que por toda reforma se ordenó que solamente se admitiesen compañías de hombres, y que pudieran disfrazarse de mujeres *los menos barbados*. En buen hora, repétemos, para aquella generación que no conocía á Mariana, porque acababa de morir, se horrorase esto y mucho más de la historia; pero ¿cómo habían de atacar victoriosamente al teatro los mismos que henchían diariamente los corrales de Madrid? ¿No podían contestar la Cruz y el Príncipe á las excomuniones de los pulpitos y á las injurias de los libelos?

«...en los aposentos se colocaban los grandes, en los *dormitorios* ó *terrujos* las cortesanas y religiosas, en la *casulla* las mujeres, y en las *gradas* y en el patio el pueblo.» — (Pellicer, *Historia del Histrionismo*, parte I.)

«Sentó, retrete, retiros,
se inundaron de muger,
de hombre y fraile... ¿fraile digo?
¡Nense todo con él.»

(D. Antonio de Mendoza, *Obras líricas y cómicas*.)

«...concurren sacerdotes eminentísimos y virtuosos.» — (El Padre Camargo, de la Compañía de Jesús, *Contra las comedias*, Madrid, 1689.)

Este mismo autor asegura que el dinero que se da á los cómicos ocasiona casi pecado mortal. Devotos, muy devotos eran los de la Virgen de la Novena; pero nos parece cosa imposible que dejasen á los reverendos asistir al teatro *gratis et amore*. Y si algún dinero no debe nunca de emplearse en fiestas mundanas, es sin asomo de duda, el de los servidores de la Iglesia.

Folletos iban, folletos venían; pero el público, poniéndose como siempre en la razón, no les hizo caso y se perecía por las comedias. Entonces la ira se volvió contra los autores. Lope de Vega, como el más fecundo, fué el que salió peor librado de esta insubrible encerrada. Ni el privilegio de hermandad, ni el ser fraile de San Juan, le valía. Á excomunión por comedia, cuando menos, salió el pobre Félix de los ingenios, y hasta hubo quien por cada una le aseguró tantos ó cuantos tizonazos allí en los dominios de Lucifer. Miren los lectores que habiendo escrito más de mil estará divertido á estas horas el buen Lope de Vega.

Tomó á su vez el público la revancha, teniendo á los poetas por semidioses, y no llamando discreto al galán que no componía letras. Á la mañana siguiente del estreno de una comedia el portal de la casa del autor aparecía lleno de letreros: ¡Vivir al poeta! ¡Vivir! ¡Vivir! ¡Vivir! Este humilde símbolo que sentíamos ver desterrada en nuestros días, y hasta por las calles los asediaba el pueblo, mostrándosele con veneración unos á otros.

(1) Especialmente juglar y títere, como esto consistía en el baile, la música y tal vez el canto.—Que sea gente perdida no hay que decirlo.

Con este crecío imponderablemente la furia de los frailes. No tan sólo se iban desoyendo sus voces, sino que se ensalzaba lo que ellos pecarían. Recurrieron á toda clase de estroños, pero en vano: habían llegado tarde. Desde Miguel de Cervantes hasta la guerra literaria había pasado medio siglo: el tiempo suficiente para que el pueblo aprendiera á reírse de los frailes que huían del loco de D. Quijote. En España, del reír al despreciar hay solo un paso.

Un suceso inesperado les vino á dar la victoria. Muerta Isabel de Borbon, disgustado el rey, á queriendo poner término á aquella escandalosa guerra, cerró los corrales de Madrid en 1644. Cuanto sería el júbilo imposible es ponderarlo. Basta decir que algunos obispos, en particular el de Sevilla, los habían cerrado ya en sus respectivos diócesis.

Las innumerables personas y confrades que se sustentaban del ejercicio histórico representaron al rey los perjuicios que sufrían, y con acuerdo de varios teólogos respetables se levantó la prohibición en 1650.

Los frailes con esto tornaron á su cruzada, como perseverantes que son y testarudos. Esta segunda sobrepunó á la primera; pero partiendo de gentes tan atrasadas en la estrategia del entendimiento, cuánto no es hoy ridicula y despreciable á los ojos del observador! En aquellos libros que vomitaban los conventos, ni una alta idea filosófica, ni una sola razón de verdadera alarma para los hombres piadosos ó morales. Todo era vanidad, toda palabrería, todo abogismos vulgares y ridiculos. Que en las comedias había amores, y citas, y emboscadas, y duelos, y muertes, y engaños, y estroños... Como si en esto oiera el teatro el ejemplo en vez de tomarlo. Desatáranse en buen hora contra la sociedad, que no contra el espejo en que se mira. Pero ¿cómo lo habían de hacer cuando ellos eran la sociedad?...

Muy contados fueron los escritores que acertaron á poner el dedo en la llaga, y esos tan ligeramente que bien se conoce cuánto los cepeaba su fanatismo. Los autos sacramentales, ridiculos, nefandos, antireligiosos, como que ponían en tela de discusión los mas altos misterios, y discusión por lo comun vulgar y chocarrera; para los buenos eclesiásticos eran efectivamente merecedores de censura; pero como los autos habían nacido y crecido á la sombra de los conventos, atacándolos, ¿no caían en contradicción palpable?

Los ingenios desdenaron la defensa cuerda y convencida de que la intrínseca bondad de la institución la salvaría, y así fué con efecto. Otra cosa iban á alcanzar con esto: que de los mismos frailes saliesen sus defensores. Fray Gaspar de Villarroel, el padre Borée, Antonio de Nabriza, el obispo de Albaracín, D. Francisco Cuera y Silva, juriconsulto célebre en aquellos tiempos, fueron los mas notables.

Bástanos dar alguna muestra de aquellos libros estrafalarios. El padre José Camargo, citado ya, publicó en 1689, es decir, cuando iba pasada la lucha, un folleto en cuarto, de cien páginas, contra las comedias. Recopilación de todo lo bueno publicado hasta entonces, y preámbulo del padre de algun mérito, parece natural que fuera su obra digna de leerse; pero no aconsejaremos al lector ni el intento siquiera. Díctele con el trozo siguiente:

«Pero que las comedias de ahora sean torpes y lascivas, y como tales, ocasion de innumerables pecados, cuando quisieran negarlo sus defensores, lo están á veces publicando los efectos claros y públicos que se ven en todas partes. Y síno, pregunto: ¿qué es lo que pasa al entrar y salir la gente moza del patio, cerca del tablado y en el vestuario mismo? ¿De qué son las conversaciones al salir de la comedia? Si fulana tiene buen garbo; si fulano tiene buen gusto en comunicarla (comunicar, cortejar y anda más), si baila, si canta bien, si es mas hermosa que fulana, etc., y otras cosas peores, que explican bien los pensamientos que han tenido en la comedia. ¿Qué escándalos un se ven en todas las repúblicas, donde entra por su desgracia una de estas diabólicas compañías, que es como si entrara una legión de demonios, y peor mil veces que si pusieran á la ciudad fuego por todas las cuatro partes?» (Pág. 73.)

Mas lástima que risa inspira un escritor atacando con tan despreciables armas.

Y no podía suceder otra cosa. Buenísima y saludable la institución en el fondo, solamente los excesos de los comediantes pudieran en punto rebajarla, pero desacreditarla nunca. No ya en el padre Camargo, que era un bendito de Dios nacido para servirlo, que no para embadarnar papel, en los escritores mas notables que por sistema ó espíritu de partido se dejaron arrastrar de esta manía, se advierte que solo topan con argumentos vulgares y ridiculos, como quien predica en vino y lo conoce á lo presente. El venerable Crespi, uno de los mas juiciosos y concienzudos, asegura que cierto mancebo no pudo gozar á una doncella muy honrada, hasta que con darle á leer un libro de comedias la puso blanda como un guante.

Ya hemos visto cómo trataban al público y á los comediantes. Los poetas no salían mejor librados:

«Un autor de novelas y un poeta cómico es un público emponzoñador, no de los cuerpos, sino de las almas, el cual debe considerarse como reo de una multitud de homicidios espirituales.»

Mas adelante trae el mismo escritor de quien copiamos este párrafo, otro que se le aventaja en lo razonable:

«Cuanto mas procura (el poeta) correr el velo de la honestidad sobre las pasiones amorosas y delinquentes que pinta y describe, mas peligrosas las hace.»

¿Conocian el corazón humano aquellos teólogos?

Bien que ellos no debían de tenerlo, pues llegaron á discutir gravemente si los cómicos podían dar limosna, y á resolver que no, tras mil sofismas, así como que caía en pecado mortal el que á su vez les diese dinero. Otra contradicción de á folio. ¿No se lo daban ellos por trabajar en sus sacristías?

Esta cruzada insulible, sobre retrasar la instrucción y moralización del pueblo, acarrea á la literatura graves perjuicios, como el de las comedias de santos, únicas que permitía escribir en sus últimos tiempos Felipe IV, que dieron ocasión con sus milágrs y sus portentos á las innumerables de magia que en todo el siglo siguiente se sucedieron de la escena española. Y ni por esas disminuía el furor de sus enemigos, que hasta la misma época que acabamos de citar duraron sus ataques, viniendo á hacer causa común con otra guerra no menos digna, conocida en la historia literaria por los *polacos*, *chorizos* y *panduros*.

¡Cosa particular! Quién creará nuestros lectores que era jefe de uno de estos bandos? Nada menos que el padre Polaco, trinitario descalzo, defensor acérrimo de los cómicos y cómicas del teatro de la Cruz.

Otro fraile andaba en este negocio que no le iba en zaga, aunque sin ser polaco, ni chorizo, ni panduro. Llamábase Marín Ocaña, y llevó muchas veces el escándalo hasta trabar desde su asiento con los actores y las actrices pícaras deshonestas y chistosas, y remedarlos y tirarles grajas.

Para conocer mas á fondo este epílogo edificante de la cruzada contra el teatro, puede recurrir el lector al discurso preliminar que puso á sus comedias D. Leandro Fernandez de Moratin.

En resumen, sobre tres mil libelos se publicaron, segun nuestros cálculos, en solo medio siglo. Que ninguno vale la pena de leerse por sabido se calla. Sobre ser en el fondo ridiculos y torpes, en la forma no dejan nada que desear. Para que no se nos crea bajo palabra hemos tenido la paciencia sin igual, que no tuvo tanta Job, de ir extractando las citas y los autores que embellecen y autorizan al del padre Camargo. Vuelvan nuestros lectores los ojos á esa invencible armada, y ya creerán que humanamente podían ser buenos aquellos libros. Mucho se critica á los que en la actualidad pecan de este defecto; pero á fé que pasar revista de comisario en solas cien páginas de letras como puños, á ciento cuarenta y cuatro autores de todos géneros, razas y raleas, desde los antidiluvianos hasta los conocidamente fabulosos, sin cuarenta y cuatro mas anónimos, que se omiten por abreviar el discurso, es cosa que desde los frailes de antaño no se ha visto ni se volverá á ver, á Dios gracias.

Empieza el autor citándose á sí mismo, y á muchos sermones que tiene predicados en Madrid contra las comedias. El principio promete. Siguenle en orden de batalla:

- | | |
|------------------------------------|--|
| Tertuliano. | El Emmo. é Ilmo. señor D. Luis Crespi. |
| S. Gerónimo. | S. Pablo. |
| El padre Tomás Sanchez. | El Ilmo. señor D. Diego de Guzman (Patriarca de las Indias). |
| Memochío. | D. Francisco Ramos del Manzano. |
| Alcáto. | D. Francisco María del Monaco. |
| El doctor Navarro. | El doctor Valle de Moura. |
| El padre Juan de Marlara. | El padre Angelo Bossio. |
| El padre Pedro Hurtado de Mendoza. | Fray José de Jesús María. |
| El padre Theófilo Raynaudo. | El padre César Francioto. |
| El padre Pedro de Gozman. | El padre Gerónimo Florentino. |
| Diego Ruiz de Montoya. | El padre Mendoza de S. Agustín. |
| El padre Ensebio. | Araujo. |
| J. Bautista Comitolo. | Amaya. |
| El doctor F. de Rivera. | El padre Rojas. |
| El padre Pedro de Rivadeneyra. | S. Tomás. |
| El padre Luis Celotio. | S. Antonio. |
| El padre Juan Domingo Otonelio. | S. Cayetano. |
| El padre Adamo Cantzen. | Thomas Hurtado. |
| El padre Julio Mazarino. | Silvestre. |
| | S. Antonino. |

Diana.	Aristóteles.
Baldello.	Homero.
Bnacina.	Sófoca.
Busembaum.	Celso Rodigian.
Seis autores no nombrados en gracia de la brevedad.	Ciceron.
Treinta y ocho ídem, entre teólogos y juriscónsultos (palabras testuales).	Escipion.
Figueras.	Plutarco.
Jacobo de Grassia.	Tiberio.
Gelio Zecho.	Domiciano.
Marcelo Megala.	Neron.
Fray Diego de Tapia.	Suetonio.
El padre Casano.	Cornelio Tácito.
Valero.	Valerio Máximo.
El padre Luis de Torres.	Alejandro de Alejandro.
El padre José de Tamayo.	Justo Lipsio.
Fray Antonio de Arce.	Lula Vives.
Fray Alonso de Rivera.	Plauto.
Celada.	Atranio.
El padre Arias.	Terencio.
Fray Juan de los Angeles.	Meliso.
Fray Juan de Crinita.	Lactancio.
D. Diego de Saavedra.	Ovidio.
D. Matias de Gaguez.	Demóstenes.
S. Ambrosio.	Casiodoro.
David.	S. Basilio.
S. Juan Crisóstomo.	S. Anselmo.
Clemente Alejandro.	Jab.
S. Gerónimo.	S. Gregorio Magno.
Sara.	S. Bernardo.
El Eclesiástico.	Apuleyo.
El Libro de los Proverbios.	Hugo de Sto. Victor.
El Derecho canónico.	Juvenal.
S. Epifanio.	El Deuteronomio.
Fabro.	Filon Judío.
Valerio Máximo.	S. Antonino.
Sempronio Sopho.	Angelus.
S. Cipriano.	Tablena.
Taciano.	Armita.
S. Justino.	Hefela.
Miucio Félix.	El padre Azor.
S. Gregorio Nacianzeno.	Basilino.
S. Cirilo.	Salviano.
Paulo Orsio.	Jeremías.
S. Isidoro Pelusota.	Kempis.
Salviano.	Petrarca.
S. Bernardo.	Propercio.
Olimpiodoro.	Enrique Suson.
El Albulense.	Espondano.
S. Carlos Borromeo.	Cantimprato.
Aristides.	Dionisio Cartusiano.
	Fray Diego de Yepes.
	Pompeyo.
	Plinio.

De los que no son escritores se citan palabras ó hechos; y de los que lo son, algunos están citados más de diez veces.

Olvídashásenos advertir que tambien incluye en la cuenta el padre Camargo una obra que estaba escribiendo á la sazón un fraile amigo suyo.

Aunque el público, como ya dijimos, se reía de los furibundos ataques de sus reverencias, en Córdoba, Sevilla y Toledo, ciudades cuyos obispos tomaron en la lucha una parte muy activa, existen todavía familias que de generacion en generacion se han transmitido la costumbre de no asistir al teatro.

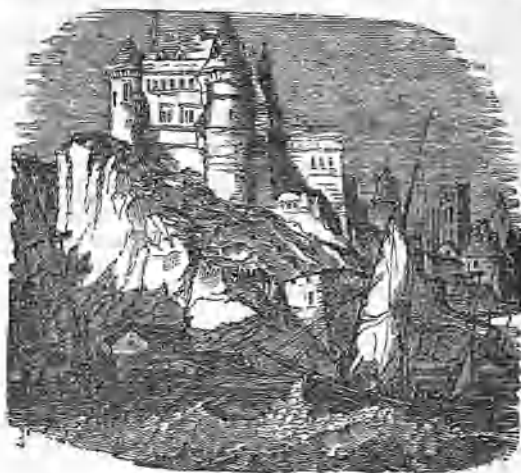
En cambio, de casi todos esos innumerables señores, muy reconocidos en sus conventos, incluso el padre Camargo, la posteridad no se acuerda sino para volverse á reir, mientras Calderon y Lope están en la memoria y en los labios de todo el mundo. ¿Es justa la justicia de los pueblos?

VICENTE BARRANTES.

CASTILLO DE DIEPPE, departamento del Sena-Inferior.

Este castillo, testigo de tantos sitios y combates, está situado casi en la cumbre de la costa del Oeste, sobre la cual se eleva de banca en banca, y desde donde domina á la vez el valle, la ciudad y la

mar. Se atribuye su construcción á Carlos VII, que le mandó edificar hácia el fin del siglo XV. Está provisto de altas murallas y de torres en los ángulos. «Es este monumento, dice uno de los historiadores de la ciudad de Dieppe, de un plano original, de un estilo caprichoso, que ofrece en la elevación de sus torres, en los perfiles de sus murallas,



(Castillo de Dieppe.)

en la austeridad imponente de su entrada, en sus vistas sobre la mar, una variedad singular de escenas graves que luen á la memoria recuerdos de esclavitud y de gloria á la vez. Semejante á tantas otras fortalezas elevadas por la mano de los hombres, ha servido indistintamente para defenderlos y para oprimirlos.»

El siguiente artículo es el único que por desgracia nos ha legado su autor, jóven de mucho mérito cuyo trágico fin recordarán tal vez algunos lectores. Al reproducirlo hoy en la misma ocasion en que él lo escribió, pocos meses antes de su suicidio, creemos hacerles un obsequio, y dar á la memoria de nuestro amigo el triste aplauso que se debe al genio muerto en flor.

UN RECUERDO A LOS DIFUNTOS.

¡Morir... ¡sepultar!...
no cantando estas palabras.
GOTTEAU.

Era el día de difuntos de 1830. Las gentes invadían las calles de la capital en direccion á los cementerios, y yo me hallaba en mi cuarto, abatido y triste, acordándome de Figaro... ¡Madrid es el cementerio!

Figurábaseme estar encerrado en un nicho, envuelto en un sudario, inmóvil y helado como un cadáver; el corazón sin latidos y la cabeza sin ideas.

Repasaba en mi memoria los nombres de los que ya no son, de los que pasaron por la tierra esparciendo luz... ¡LARRA! ¡ESPRONCEDA! ¡tantos otros!... ¡sombras queridas! ¿por qué os desvanecisteis? ¿por qué huisteis tan pronto de la presencia de los que os amaban? ¡Ah! No podían vivir ellos entre nosotros, no; este suelo es estéril, esta atmósfera está emponzoñada, este sol no calienta, este aire no vivifica; aquí todas las plantas se marchitan, todos los árboles se mueren, todas las flores se deshoja el viento...

¡Dichosos los que tuvieron la suerte de morir... y morir después de haber vivido! Nosotros ahora ni vivimos ni morimos. Desaparecemos de la tierra y para nosotros no habrá flores, no habrá coronas, ni un recuerdo, ni una hoja de laurel!

Contemplaba desde mi ventana la caída del sol... ¡Un día más! ¡Un día menos!...

De repente un relámpago ofuscó mis ojos. — Ven, sígueme, — me dijo una voz; volvíme á todos lados y no vi á nadie... un confuso resplandor me cegaba la vista. — Ven, — repitió la voz, y una mano invisible tomó la mía arrastrándome hácia sí: su contacto me dejó helado. Pero á poco sentí hervir de nuevo la sangre dentro de mis venas, mi espíritu recobró el valor, mi corazón volvió á latir con mas impulso. Jamás había sentido tanta vida dentro de mí.

— Vamos á visitar á los difuntos, me dijo la voz. La seguí.

Llegamos á un cementerio, donde no había como en los demás nichos ni paredes, puertas ni cerrojos; estaba al aire libre, sobre lo alto de una colina. Las gentes no habían acudido á profanarle, y ningún ruido humano resonaba en su recinto; solo el viento movía de vez en

caído tristemente las copas de los cipreses y las ramas caídas de los sauces.

El sol bañaba con sus últimos rayos la altura de la colina.

Entré. Por todas partes se llovaban flores, por todas partes se veían coronas de laurel. Allí se respiraba de otra manera. Aquel aire tenía un sabor celestial que encantaba los sentidos. La luz hería más vivamente la pupila. La tierra parecía como que levantaba en alto al que la pisaba.

—Este es el remanente de la gloria, dijo la voz del invisible genio que me servía de guía.

Me detuve: mi planta se resistió á profanar aquel lugar sagrado.

—Gloria... ¡ cementerio! ¡ los palestras! ¡ La vida y la muerte! No sé lo que pasó por mí. Cal de rodillas y toqué la tierra con la frente: creía estar en el cielo al lado de los justos. El tiempo que pasó en este delirio celestial no tuvo antes ni después; se parecía á la eternidad.

—¡Levántate! dijo la voz con un acento nunca oído entre los mortales.

Me levanté. La voz sonaba de lo alto; alcé mis ojos, pero no vi más que el cielo sobre mi cabeza: un cielo azul, más próximo que el de la tierra, sin la más leve nube que lo empañase, puro como el de la mañana del mundo, rodeándose por todas partes como una atmósfera de gloria... A través del azul que me bañaba, divisé objetos que tenían algo de aéreo, cipreses cuyas copas se perdían en el infinito; cruces que besaban la tierra con sus ramas; todo aparecía á mi vista distinto de lo del mundo. El ruido que hacían las hojas de aquellos árboles se asemejaba á un concierto célico, un producido con sonidos materiales, sino diminuido del soplo de los espíritus.

Allí se veían siete sepulcros, rodeados cada uno de una aureola celeste, tres á cada lado y uno en el centro. Los cuatro que estaban en los ángulos, y el de en medio, eran de mármol blanco; de los otros dos, el uno era de mármol negro y el otro estaba cubierto con un crespon oscuro.

—Escucha, me dijo la voz.—Miró hacia el cielo y escuché.

—Yo soy la gloria: tú no me verás. No te canses; el que se afana en buscarme, ese no me encuentra.

Calló un momento. Dos torrentes de lágrimas se deslizaron de mis ojos; pero no eran lágrimas de envidia, eran de ambición. Me serené, enjugué mis mejillas, y me resigné á mi destino.

—No flores; tú no has visto más que mis coronas de rosas y no mis coronas de espinas. La gloria es el martirio, ¡ Mártires! ¡ eso y no más son los genios de la tierra! Mira; ahí tienes siete sepulcros... ¡ siete mártires!

Volví á llorar. Mis lágrimas caían al suelo y se resolvían en una especie de vapor que se parecía al incienso que se tributa en los altares.

—¡ Siete mártires!... ¡ siete poetas! ¡ Hijos de España! Escucha.

Era una mañana hermosa, mañana de primavera... El cielo estaba puro, brillaba un sol de oro, la yerba se alzaba coronada de rocío. En un rincón del mundo nacieron siete flores... La una era una rosa temprana, erguía sobre su tallo; creció á los rayos del sol, pero vino el viento Norte y la deshojó. La otra era una tulipán de vívidos colores, que se alzaba orgulloso como un rey entre sus vasallos... Por la tarde hubo tempestad y le abrasó un rayo... La otra era un girasol, ávido de luz y amante de los soles... A la mañana siguiente tardó en amanecer; el día apareció nublado, el sol no salió, y el girasol dió mil vueltas... ¡ y se murió! La otra era una violeta de suavísimos olores; una mano la trasplantó á otros climas, y la violeta se agostó porque no la aturaba el sol de su país... La otra era una adelfa amarga y brillante que murió consumida por su propio veneno. La otra era un clavel pomposo y encendido, envidia de las flores, que pereció ajado entre las manos de una hermosa... La otra era una siempreviva, que nació antes que las demás flores, que las vió á todas crecer, brillar y deshojarse, y llena de años se inclinó sobre su tallo y se murió de pena.

—¡ Las siete flores! ¡ los siete poetas! ¡ Ven! ¡ tú los amas! ¡ tu corazón guarda un recuerdo para ellos! ¡ tus ojos tienen lágrimas y tus labios suspiros! ¡ Ven! ¡ ven á derramar una lágrima sobre la tumba de los muertos!

Llegué al primer sepulcro.

—¿Quién eres? dijo la voz.

—Soy un poeta, respondió otra voz desde el fondo de la tumba.

Cal de rodillas llenó de pavor.

—Nacé lejos de aquí, bajo el cielo de América. La tierra me pareció hermosa, el mundo me pareció bello; amé el sol, al agua y á las flores... Mi alma era ardiente como el sol de mi país...

Me senté al borde de la catarata del Niágara... Vi rodar á mis plantas los torrentes, y me hallé en el desierto frente á frente con la tempestad.

Trepé hasta la cumbre de las montañas; escondí mi cabeza entre las nubes y olí el trueno junto á mí.

En un caballo atravesé el desierto.

Montado sobre el lomo del generoso alazán, cruzaba llanuras, llanuras y más llanuras, y devoraba el espacio.

Gostábame oír la voz de los arroyos y de las palmas; conversaba con los vientos y las brisas de mi país; mi cielo era todo el espacio que alcanzaba mi vista; mi tierra era el abismo donde se precipitan los torrentes.

Yo era hijo del sol de América... Me faltó mi padre y me hallé huérfano en el mundo, sin luz y sin calor.

Vi otras tierras, otros climas, otros soles, otros bosques, otras llanuras; pero aquellas tierras no eran las de mi país.

Aquel sol era pálido; podía mirarme frente á frente. Sus rayos no calentaban; allí hacía frío.

Aquellos bosques eran pequeños, aquellos árboles no tenían copas, aquellas hojas estaban secas, aquellos torrentes eran arroyos, aquellos suelos no brotaban yerba.

Aquellas llanuras eran estériles, aquel cielo era plomizo, aquellos vientos eran helados; ¡ allí hacía frío!

Me acordaba del sol de mi país, y me devoraba la melancolía.

Como planta de otro clima que se marchita en una huerta abracada por las escarchas, así me marchitaba yo.

Recordé mi América, y me morí.

—¡ Pobre HERNÁNDEZ!... Tú no debías vivir mucho tiempo en este mundo... Tu cuerpo necesitaba más aire que el que aquí se respira, tus ojos necesitaban más espacio que el que desde aquí se abarca, tus oídos habían menester más ruido que el que se oye aquí; ¡ tu alma no cabía dentro de tu cráneo!

Tú en la tierra no hubieras podido vivir, sino como vive el viento, libre, vagaroso, ligero; como viven las águilas, sublimes, alturas; como viven los torrentes, impetuosos, despeñados; como viven las nubes, aéreas, fantásticas y majestuosas.

Derramé flores sobre la tumba de HERNÁNDEZ, y me aproximé al otro sepulcro que estaba cubierto con un crespon fúnebre. Allí no había flores como en el sepulcro de HERNÁNDEZ; en vez de una corona de laurel, se veía en el suelo una corona de barro hecha pedazos.

—Yo soy un mulato... Debiera haber nacido rey y nací esclavo.

La lira del poeta no era bastante para mí; necesitaba un celmo en vez de una lira, y una corona de oro en vez de una corona de laurel.

Quando fui poeta, no canté á las flores, á los pájaros ni á las selvas de mi país; canté á los señores, á los príncipes, á los reyes y á los palacios de las monarcas.

Del polvo en que nací fabricué una corona.

Corona de barro, yo la estimaba en más que si fuera hecha de pedrería.

Soné con Alejandro, soné con César, soné con Napoleón.

Soné ejércitos prontos á obedecerme; soldados que me seguían á la victoria y un pueblo que me aplaudía.

Un día me puse en la cabeza mi corona de barro, desvainé mi espada, y llamé á mi ejército.

Yo tenía una madre que me adoraba; me había suplido mil veces que no me lanzase á la guerra; y también la amaba yo, pero no la hice caso.

Se dió la batalla y caí prisionero.

El irono que había soñado, se convirtió en cadena.

Solté al lugar de mi suplicio con mi corona de barro en la cabeza y mi majestad de rey.

Un momento antes de morir, me acordé de que era poeta; pedí mi lira, y canté á Dios y á mi madre.

En seguida, como un rey enojado que se presenta á su pueblo, me adelanté impávido y presenté mi pecho á los flecos homicidas.

Tenía en mi cabeza un mundo por dentro, y por fuera una corona de barro. Sonó la descarga, y la corona de barro cayó hecha pedazos; mas el mundo no se quebró; ¡ mi mundo es eterno!

Nací pequeño; ¡ pero morí grande!

Calló la gloria. Yo derramé una lágrima sobre la tumba de PLÁMMO, y sentí mi corazón oprimido de dolor.

El otro sepulcro era blanco, como la vestidura de una virgen. Estaba recinado de perlas que brillaban á los rayos del sol. Una voz suave como un suspiro salía de lo profundo del sepulcro.

—¡ Ay, yo era un pobre loco! El mundo lo dice así.

Porque buscaba flores para hacer guirnaldas, y soles para coronar la cabeza de mi hermosa.

Porque soñaba un alcázar de pedrería con columnas de pórfido y chapiteles de ágata, las puertas de diamante, y las paredes de jaspé, un palacio de pompa oriental para vivir con mi hermosa como un sultán con su sultana.

Yo miré al sol, y me pareció pequeño. Creí que el mundo necesitaba más soles y más lunas; que las estrellas no eran bastantes, que la luz no resplandecía, y que las sombras eran tinieblas, que el día era pálido y la noche oscura.

Miré á la tierra, y me pareció árida. No había flores como las que

yo creaba; no había palmeras como las que yo necesitaba; no había arroyos como los que yo quería; no había fuentes como las que yo soné; no había prados como los que yo imaginaba. No era un paraíso como yo la creí.

Y sin embargo amaba al sol, y me dormía en los valles á la orilla de los arroyos, y pasaba las noches á la luna bajo una palmera mirando á las estrellas. Y cruzaba los prados buscando flores para hacer una guirnalda.

¡Y morí como Ofelia recogiendo flores!

—¡Arstas! murmuró la brisa.

Sobre esta tumba no derramé lágrimas. Besé el blanco mármol, y le cubrí de rosas. Creí estar al pié de la tumba de un niño: llegué á sentir envidia.

Otro sepulcro.

—Yo nací triste y melancólico.

Vagaba entre las nieblas como un espíritu de la noche.

Jamás el resplandor del sol me ha sido grato; su luz ofendía mi pupila: la luna ha sido mi única compañera.

Cuando estaba solo, lloraba sin saber por qué: las lágrimas de mi corazón eran dulces como la sonrisa de una amada.

Me lira era mi consuelo, pero tuve que arrinconarla; ¡y abandonar mis amigos!

En un país lejano, el país de los trovadores, el país de las leyendas románticas y tristes, el país de las nieblas, veía poco á poco agostarse mi vida como una flor en sylvia trasplantada de otro terreno...

¡Y volvía los ojos hacia mi España! ¡hacia donde estaban mis amigos! y decía: ¿cuándo los volveré á ver?

Y ol una voz que me respondía: ¡Después de la muerte!

Y me morí.

Dejé flores y lágrimas sobre la tumba de ENRIQUE GIL, y me dirigí al sepulcro inmediato, que era de mármol negro. Sin saber por qué, iba temblando.

—¡La tumba negra! ¡La tumba negra! dijo la voz de lo alto.—
Acércate:

—Yo era joven y tenía esperanza. Quería ser poeta; pero el hábito del siglo heló mi cabeza y mi corazón.

Empecé á tratar con los hombres, y en todas partes hallé falsía, mentira, vanidad, adulación, lisonja, flaqueza, orgullo, egoísmo, mengua y oprobio. Traté tambien á las mugeres, y me convení de aquella profunda observación de una comedia antigua:

«La peor gente del mundo,
somos hombres y mugeres.»

El tedio se apoderó de mí. No pude llevar con paciencia el espectáculo de tantas miserias; mojé mi pluma en hiel, y escribí contra los vicios de los hombres. Pero los hombres se reían con mis escritos, y hacían tanto caso de mis reprensiones como del agua que fluye. Decían que tenían chiste. Y lo que había de servir para corregirlos, servía únicamente para divertirlos.

Me cansé de escribir. Ya no tenía ambición; lo había perdido todo, y estaba de sobra en el mundo. Meses enteros abrigué la idea del suicidio. Me gozaba en ella como en mi único placer, y un mañana fatídico, escrito sobre una caja que tenía encima de mi mesa, era la única esperanza que me restaba ya sobre la tierra. Los hombres seguían riéndose de mis chistes.

Una tarde salí á la calle. Era el día de difuntos de 1836. Madrid me pareció un cementerio; cada casa un nicho; cada letrero un epitafio; cada hombre un cadáver... y los hombres se reían con mis ocurrencias.

A los pocos días me levanté la tapa de los sesos.

¿Quereis saber lo que se encierra en este sepulcro? Es muy sencillo:

¡Aquí yace la esperanza!

Palidecí ante la tumba de FIGARO; me hincó de rodillas, y murmuré una oración.

—Que Dios perdone á los desdichados! dijo la gloria.

Con lágrimas en los ojos y luto en el alma, seguí adelante.

Era un sepulcro ornado de laurel. Sobre él inclinaba un saucó su ramaje; guirnalda de flores adornaban sus mármoles; á su pié se veía una lira coronada de rosas, y el sol bañaba con su último rayo la lira, el saucó y el sepulcro.

La brisa jugueteaba con las cuerdas de la lira; el viento agitaba con tristeza las ramas del saucó... Una armonía, parecida á los conciertos celestes, resonaba en derredor de la tumba.

Vi una sombra blanca, como una silfa solitaria, que se mecía dulcemente sobre aquel sepulcro: parecía un recuerdo de gloria sobre una frente joven.

Me acerqué sereno á la tumba del poeta.

—Yo no he muerto, dijo una voz dulcísima; vivo en el suspiro de

la brisa, en el murmullo del arroyo, en el canto del ruiseñor, en el sonido del torrente, en el trueno de la tempestad.

MI vida es la armonía; donde suena armonía, allí estoy yo.

Nací hombre, en vez de nacer dios.

Imaginé la vida hermosa; emé amores, triunfos y riquezas, imágenes de gloria y coronas de oro y laurel, viento sobre mi frente y rayos sobre mi cabeza.

Miré al cielo, y quise parar el sol en medio de su carrera.

Vi una muger y amé.

Yo había nacido para amar, pero no como se ama en este mundo; el amor del mundo no me satisface.

Pasaron ante mis ojos cien mugeres; la una era blanca y rubia, y su sonrisa parecía á la sonrisa de un ángel; la otra era pálida como un recuerdo de la infancia; la otra era dulce y triste, y su voz amorosa como la de la tortola; la otra era aliva, pero bella; la otra era el espíritu de los amores encerrado en un cuerpo de barro.

¡Todo polvo!

Yo anhelaba amor, pero no le encontraba; quería deleite, pero deleite como no le hay en el mundo. Y sin embargo agité la copa, y me bebí hasta las heces.

MI alma murió para el placer; pero mi corazón vivió para los dolores.

Llamé á la muerte, y la muerte no me respondía: llamé á Teresa, y Teresa estaba muerta; me llamé á mí mismo, y era ya un cadáver.

Morí: bajé al sepulcro.

Aquí soy ya feliz; la muerte es más dulce que la vida; el espíritu dura mas que la carne; el sepulcro es mas bello que el mundo.

¡Solo en la paz de los sepulcros creó!

Calló. La brisa dió un suspiro, el rayo del sol se agitó sobre la tumba, el saucó movió sus ramas, la lira murmuró una armonía, y la sombra blanca se inclinó sobre el sepulcro.

—Yo soy una muger, dijo la sombra blanca; vago al rededor del cementerio, y por la noche duermo recostada en el mármol de este sepulcro.

¡En vida amé; pero amo mas después de muerta!

—ESPRONCEDA, dijo la voz de lo alto; yo te amo tambien. He coronado tu frente de laurel y rosas; he cubierto tu cadáver de una vestidura celeste: he escrito sobre tu frente el sello de la inmortalidad, y he grabado tu nombre en el templo de la gloria. Tú eres, ESPRONCEDA, el primogénito de mi amor.

Seguí un largo silencio. Me levanté, me aproximé al sepulcro, cogué de la losa una corona de laurel, y me alejé, volviendo á cada paso la cabeza.

Otra voz sonó desde el último sepulcro que se veía en medio:

—Yo soy un anciano; yo los conocí á todos.

Yo los tuve entre mis brazos.

Yo templé las cuerdas de sus liras.

Yo escuché sus cánticos.

Yo los coroné de gloria.

Yo los ví enmudecer.

Y yo les ví morir...

¡Soy un anciano! me llamo LASTA.

—Yo soy la gloria, dijo la voz. Y otro relámpago brilló á mis ojos. Toda desapareció.

Hallé que estaba en el cementerio de San Nicolás, delante de la tumba de ESPRONCEDA.

En vez de los sepulcros que yo soñé, me encontré con un nicho de dos palmos de ancho, tocando al suelo, una corona seca de laurel, y un letrero medio borrado que decía:

ESPRONCEDA.

Mas allá otro nicho de la misma especie, otra corona seca de siempreviva, y este otro letrero:

LA AMISTAD;
á la buena memoria
DE

DON MARIANO JOSÉ DE LARRA.

Y encima, y debajo, y á los lados, y por todas partes: otros nichos, otras coronas, y otros letreros:

¡Pedro Martínez! ¡Ignacio Sánchez! ¡Juan Pérez!

La gente me rodeaba por todas partes; los hombres pasaban con indiferencia por delante de las lápidas de ESPRONCEDA y de LARRA, A mis ojos se agolparon las lágrimas; tendí una mirada á los dos nichos; creí ver los cadáveres hechos polvo, y me precipité á la puerta.

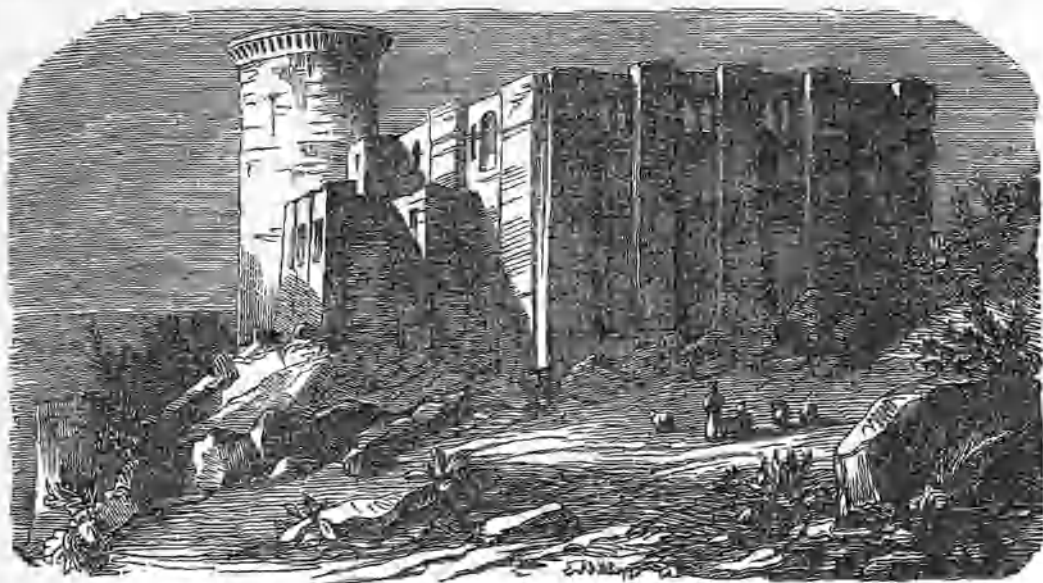
¡Stete postas! murmuró al salir; ¡y casi todos murieron jóvenes!

¡y casi todos desdichados! Uno solo llegó á anciano, y se murió después de haber llorado á sus discípulos queridos... De los demás, el uno espiró jóven entre los brazos del amor; el otro acabó sus días en pranos dias lejos de su patria; el otro, desterrado, acordándose de su país; el

otro se volvió loco; el otro cayó, pobre reo, atravesado por las balas... y el otro fué suicidal...

¡Los poetas son mártires! ¡la gloria es el martirio!

Justé DE IZA.



GASTILLO DE FALAISE.

Al Este de la pequeña ciudad de Falaise, departamento de Calvados, se ve el castillo que la defendía, y que en 998 ya era una de las fortalezas mas importantes de la Normandía. Guillermo el Conquistador nació en ella en 1027. Vino á ser el centro de todas las operaciones militares durante las guerras de rivalidad de Francia con Inglaterra, y resistió mucho tiempo á todos los esfuerzos que hicieron los franceses para apoderarse de él. Felipe Augusto la tomó por capitulación en 1204. Enrique V, rey de Inglaterra, se hizo dueño de ella el 2 de enero de 1418, después de cinco meses de sitio. Ganada otra vez en 1450 por Carlos VII, esta fortaleza y la ciudad hubieron de sufrir mucho en la época de las guerras de religion que desolaron la Francia. Enrique IV mandó dismantelar las fortificaciones.

El castillo está situado sobre una roca elevada que domina á la ciudad: sus ruinas conservan todavía un carácter de grandeza que les da un aspecto imponente y severo. Estaba pertrechado con un torreon rodeado de fosos y defendido por torres sólidas y por murallas. Restaurado y aumentado en diversas épocas, presenta por dentro y por fuera diferentes géneros de arquitectura; bien que el estilo normando es el que domina. La torre mas grande es la llamada de Talbot, del nombre de este general, que la hizo elevar en 1430; tiene unos cien pies de elevación, y es de una construcción tan sólida, que apenas se ha deteriorado. Se sube á su parte superior por una escalera oculta en lo interior de las murallas, cuyo espesor es de trece á diez y seis pies. La longitud de esta fortaleza es de doscientos setenta pies; su latitud, por término medio, de cuatrocientos veinte pies.

EL MONTE CARMELO.

Traducida del francés por F. C.

Compréndese generalmente bajo el nombre de Carmelo ó monte del Rosio de Hermon, una cadena de montañas situadas en Siria, que partiendo de orillas del Jordán se prolonga del nordeste al sudeste, y viene á morir perpendicular á orillas del Mediterráneo. Las laderas de estos montes están cubiertas por una fuerte y robusta vegetación, y no falta monte bajo, espeso, entremezclado de encinas y de rocas grises de formas estrañas y colosales. La cima es un gran llano pedregoso. La villa, que en otros tiempos se cultivaba allí, ha sido reemplazada por bosques en que se hallan hieras, en particular pañeros.

Pero lo que mas particularmente se designa con el nombre de Carmelo es la montaña que forma un cabo de mar al mediodía de San Juan de Acre, al norte de Hama, y sobre la cima de la cual se halla el monasterio que lleva su nombre.

El Carmelo es célebre bajo diversos títulos: parece que se adoraba allí en la antigüedad una divinidad que llevaba el mismo nombre Carmelo. Tácito dice que no tenía ni estatua ni templo, y si solo un altar

en el que se le rendía culto. Jamblíque por el contrario dice que Filágoras fué amenado solo á meditar á un templo que estaba sobre dicho monte. Difícil es dejar de creer que no hubiese allí una ciudad perteneciente á la tribu de Judá (*Josué*, XV, 63 y *IV. Reg.*, XXV, 3). Allí era donde vivía Nahal del Carmelo, marido de Abigail, S. Jerónimo, que celebra la fertilidad de los pastos que cubrían la montaña, dice que por su tiempo tenían los romanos una guarnición en el Carmelo, lo que hace suponer que hubiese allí una ciudad. Fué tambien en el Carmelo donde al volver de su expedición contra Amalec levantó Saul un arco de triunfo (*S. Rey* XV, 41).

Pero á lo que sobre todo debe el Carmelo su fama, es á la estada que en él hicieron los profetas Elías y Eliseo. En la iglesia del actual monasterio, hácia al lado del mar, se enseña la gruta que habitó el primero mucho tiempo, en la que se habia refugiado por huir de las persecuciones de Achaz y de Jezabel.

El santo, que dormía en otra cueva, habia constituido está en oratorio, y allí fué en donde á fuerza de oraciones obtuvo abundantes lluvias que consolaron al país después de tres años de sequia. Pegada á esta gruta se halla una capilla que pasa por ser la primera y la mas antigua de las que se han erigido á la Señora; está bajo el nombre é invocación de Nuestra Señora del Monte Carmelo. La tradición la hace remontar al año 83 de Jesucristo.

Es sabido que durante su permanencia en el Carmelo Elías rogó todo un día á Achaz que le trajese á los sacerdotes de Baal, y que allí, después de haber hecho descender el fuego del cielo sobre el holocausto que habia él preparado con sus propias manos, dió la señal del derriuelo de los falsos profetas. Se enseña aun hoy dia el lugar del sacrificio y de la ejecución.

Algunos pasos mas arriba del oratorio de Elías se halla la cueva de Eliseo, su discípulo, abierta en la roca y cerca de una cisterna. Allí fué donde vino la Sunamita á rogar al profeta que resucitase á su hijo.

Al pié de la montaña puede verse una caverna larga de noventa centímetros, ancha de cuarenta y cinco, y alta de treinta y seis: gracias á una cisterna y á algunos árboles, es una morada bastante agradable; pero el llegar á ella es difícil y peligroso. Ha conservado el nombre de *gruta de los hijos del Profeta*. Segun dice la tradición, allí era donde recibía Elías á los principales del pueblo. Hoy la ocupa un santón.

Mas arriba llama la atención del viajero un terrano llamado *el jardín de los melones*. Hé aqui lo que se cuenta tocante á este terreno: Era otras veces un melonar; un dia pasó por allí el profeta Elías atormentado de una gran sed, y suplicó al dueño que le diese un melon. El dueño, no solo no tuvo caridad, sino que uniendo la mofa á la dureza, le contestó que lo que le parecían melones no eran sino piedras. El santo, indignado, maldijo el melonar, y volviéronse los melones piedras. No nos hacemos garantes de la autenticidad de este

milagro; pero lo que si es incontestable es la perfecta semejanza de las piedras que se hallan en aquel lugar con melones. Muchos viajeros se llevan algunas de estas piedras.

En la edad media muchos religiosos cristianos han vivido en las grutas del Carmelo. Juan, patriarca de Jerusalem, instituyó en el año 400 en honor del profeta Elias una comunidad de ermitaños que dió origen al orden de los Carmelitas. Enrique IV fundó la orden de los caballeros hospitalarios del Monte Carmelo, que después fué reunida á la de los caballeros de San Lázaro.

En 1821, en la época de la heroica lucha de la Grecia contra la Puerta Otomana, Abdallah-Pachá destruyó del todo el monasterio del Monte Carmelo y su antigua iglesia dedicada á San Elias, bajo pretexto de que podría servir á los griegos de fortaleza. El gran señor, indignado de este acto de vandalismo, espidió un firman por el cual ordenaba á Abdallah-Pachá de reconstruir á su costa el convento. Pero el pachá no hizo caso de lo que mandó su alteza. Carlos X intervino, y gracias á los socorros enviados por este monarca y por los fieles de la cristiandad, los monjes del Carmen pudieron reconstruir su convento con los materiales del antiguo.

Entre los personajes ilustres que han visitado el Carmelo, se nombra á S. Luis, que hizo allí una peregrinacion hácia mediados del siglo XIII, y Juana de Dreux, muger de Felipe el Largo, que se trasladó allí noventa años después.

El significado de la palabra Carmen no se ha fijado exactamente. Alguna vez se designa bajo la denominacion de cármenes los sitios que son muy fértiles y están sembrados de viñas y árboles frutales; es tambien uno de los nombres que se dan á la púrpura, porque se pescaban al pié de ese monte las conchas que dan ese color.

Desde el monasterio, asentado sobre la punta del cabo, á un lado se descubre el mar, y al otro los montes con enormes riscos cubiertos de verdura. Al pié del Carmelo, hácia el oeste, está Cahíphas y su puerto; al norte, sobre la costa que se redondea en forma de estanque, se vé San Juan de Acre (Ptolomais); al pié de la montaña el torrente Cison corre á arrojarse al mar; algo mas lejos sigue el rio Belces su curso en direccion paralela al Cison, y vá, como él, á echar sus aguas en el Mediterráneo.

El historiador Josepbo atribuye el Carmelo á la Galilea; pero mas bien pertenecia á la tribu de Manasés y al mediodia de la tribu de Aser. Nazaret no dista de allí sino treinta y dos kilómetros.

UN BACUE EN EL OLIMPO.

ROMANCE.

Estaba el señor Don Júpiter
cierta noche en el Olimpo,
con mas barbas que un zamarro
y mas nubes que un pedrisco.

Entráronse de visita
las diosas y diosesillos,
estos á Juan mirando,
y aquellas á su marido.

Iba delante de todos
Marte, el encerro divino,
con un cazo en la cabeza
y sartenes por vestido.

A su lado Doña Venus
la buseona, con el niño
en el traje de verano,
venda y flechas por abrigo;

Y detrás sucio y liznado
Don Vulcano el herrenillo,
que por ir tras su muger
no pudo ponerse limpio.

Don Mercurio con la vara
llegó preciado de esbirro,
con Minerva, marimacho,
muger y hombre á un tiempo mismo.

Fuéron pasando después
Don Saturno el viejecito,
Neptano, el del asador,
y Apolo, el del guitarrillo.

Eolo, el dios de los vientos
entró dando resoplidos,
y Baco encueros borracho,
que encueros va siempre el vino.

En esto oliendo á alreहितé
guiñando los ojos bizcos,
vino el horrible Ploton
de sus tiznados dominios.

Iba con él Proserpina,
y queriendo hacer el lindo,
Don Jove, sin ver á Juno,
de esta manera la dijo:

«Tanto me gustas, mi reina,
y tales son tus bechizos,
que por estar en tus brazos
me trocera en faldarillo.»

Llegaron estas palabras
de Juno al atento oído,
mordió al galán, arañóle,
y le aturdió con sus gritos.

Vulcano, á quien estremecen
de Tauro y Aries los signos,
á buscar la red de antaño
fuese al punto derecho.

Venus por hablar con Marte
dejó caer á Cupido,
y Marte soltando el yelmo
descalabró al pobre chico.

Júpiter, harto de dioses,
echando mano al bolsillo,
sacó una caja de rayos,
(esto es, losforos olímpicos).

Dió un trueno por estorando,
escupió viento y granizo,
y huyeron los tertuliantes
se hundieron en los abismos.

ROMANCE.

Dejando al viento detrás
hogaban dos galeotas,
dando caza sin descanso
á una barquilla española.

Iba dentro un pescador
en los brazos de su esposa,
amantes amlhos y amados,
dos cuerpos y una alma sola.

Al ver el pirata fiero,
espanto de aquellas ondas,
que el pobre batel estaba
muy cerca ya de la costa,

Mandó á alcanzarle una bala
ardiente como su cólera,
que fué cortando los aires
á abrir del barco la popa.

Cayó entonces desmayada
la inocente pescadora,
y apareció en su semblante
la nieve donde hubo rosas.

Con ella en brazos, el hombre
al mar airado se arrojó,
pidiendo á voces á Dios
que en trance tal le socorra.

«Que se salve y yo la vea
dentro de mi pobre choza;
sin ella el sol para mí
no tiene luz, sino sombras!

«Que se salve aunque yo muera,
la vida poco me importa,
que el alma no morirá
porque ella la tiene toda!»

Oyendo estas tristes voces
se enternecieron las ojas,
y á los amantes dejaron
sobre la playa arenosa.

Ella abrió los negros ojos,
al mundo de nuevo toraa,
y en los brazos del manco
para caminar se apoya.

José GONZALEZ DE TEJADA.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 44.

Cada uno recibe de la fortuna desaires.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Admónra